

“SOÑAR CON AGUA”

Juan Cánovas Ortega

Ganador del VIII Premio Vida-Salud modalidad Absoluta

DREAMING ABOUT WATER

*"A mi madre, Carmen, todavía con VIDA y SALUD
suficientes para seguir soñando con agua"*

Mi madre dice que sueña con agua y a mí se me añica el alma y se me hiela el hálito cuando me lo cuenta, o cuando se sumerge en el inquieto y servil duermevela que le proporcionan los sedantes y me la imagino transitando por ese sueño líquido de manantiales privados y recónditos.

Supongo que algún freudiano trasnochado deduciría del húmedo simbolismo de esos sueños indicios subyacentes de una libido maltrecha. Los oráculos decodificadores de lo onírico proclamarían sus supercheros desatinos. Toda esa recua marrullera de apollillados nostradamus y mercachifles esotéricos de nuevo cuño entraría en telecir-cense trance y arriesgaría las más peregrinas interpretaciones al respecto. Pero ninguno acertaría.

Mi madre sueña con agua no porque le sobrevenga una suerte de inspiración poética en fase rem, ni porque sea publicista creativa de alguna marca de agua mineromedicinal pongamos por caso, ni porque le desvaríe el magín y se crea Noé redivivo y le haya dado ahora por tener visiones proféticas y apocalípticas de diluvios u otros desastres tan acuosos como universales.

La explicación es mucho más terrible y sencilla.

Mi madre sueña con agua por la misma razón que otros soñamos con Angelina Jolie o con Brad Pitt según las preferencias anatómicas de cada cual o con un millón de euros en el banco o un chalecito en la playa o un pleno al quince en la próxima quiniela. Mi madre sueña con agua porque el agua es algo que le ha sido vetado para siempre por el infortunio.

Hace siete meses que ingresó en una unidad de cuidados intensivos aquejada de una gravísima neumonía, con los pulmones encharcados y el estertor de la muerte pugnando por hacerse audible

en su postrero fragor. Hace ya siete meses que anda flirteando con Caronte y arrastrando su mala salud de hierro por los diferentes pabellones del hospital. Hace siete meses que mi madre no puede beber agua y sueña con ella.

Aseguran los médicos que, a causa de un cuadro patológico cuyos entresijos diagnósticos e intrincados pronósticos se me escapan, no podrá ingerir nunca más alimento ni bebida por la boca porque tiene la glotis en huelga indefinida de válvulas caídas y pasan por allí las degluciones como Pedro por su tráquea hacia el pulmón sin ningún tipo de cortapisa o control de aduana.

Así que, para nutrirla e hidratarla como es debido sin naufragarle de forma irremisible los pulmones, no ha habido más remedio que hacerle una prospección en el estómago e instalarle en el centro del abdomen una garganta artificial muy fina, muy aséptica y muy plastificada, rematada en taponcito rojo para su profiláctica oclusión, a través de la cual las enfermeras le jeringan las papillas dietéticas, los medicamentos, los protectores gástricos y los líquidos que precisa. A esta intervención quirúrgica la llaman gastrostomía, pero no es verdad que lo sea. Quiero decir que no es cierto que sea “mía”, ni nuestra, ni de nadie más que de ella esta “grastrostosuya” que ni tan siquiera es suya sino prestada e impuesta. Nosotros, los demás, seguimos trasegando el agua, la cerveza, el vino con gaseosa y hasta los actimeles de por la mañana como si tal cosa, y atiborrándonos de fabada y de embutidos y de arroces como solíamos y es del todo habitual en los humanos: engulléndolos garganta abajo.

Pero a mi madre se le ha instalado una sequía pertinaz en el gáznate que no tiene solución, una sed perenne que también es de justicia pero que no lleva asociada bienaventuranza alguna. Así que va con su minúsculo sahara cuello adentro y se conforma con hacer enjuagues en la boca como pobrísimo remedo de los tragos que añora.

Le han propuesto ir variando las texturas y sabores de los colutorios para estimular la devastada memoria de sus papilas gustativas y así hace centrifugados bucales con manzanilla, leche, zumos y por supuesto con agua, aderezada a veces con un líquido color fucsia que según dicen protege las encías. Y a ella que sus encías le traen al paio, que se daría con un canto en los pocos dientes que aún le sobreviven en la boca por un simple sorbo de agua y cuando digo de agua quiero decir de agua y no de bebida isotónica, ni de dry martini, ni de mate argentino, café colombiano o vodka ruso, no un lingotazo de güisqui o un sorbito del champán que cantábamos en los guateques de los años setenta; qué no daría mi madre por un simple sorbo de agua, de simple y llana agua, de ese fecundo líquido que preña cirros, cúmulos y nimbos como nos enseñaron que se llamaban las nubes en el colegio y que habita la lluvia y las lágrimas y los mares y las fuentes y el sudor y los ríos y las gotas de rocío y la nieve y la escarcha y la saliva que mi madre a duras penas consigue ahora engullir, un sorbo lento y agónico de ese agua incolora, inodora e insípida que para ella sería agua bendita y le sabría a maná caído del cielo y a ambrosía.

Mi madre sueña con agua y para su cumpleaños expresó su deseo de que le regaláramos cualquier tipo de material gráfico donde ella pudiera visionar al líquido elemento metamorfoseado en sus más variopintas facetas y prodigios. Así que le obsequiamos con un libro sobre el agua y ella lo hojea en el hospital de tanto en tanto y se le hace la boca precisamente agua cuando contempla ávida esas instantáneas de cataratas imposibles, de lagos y manantiales de ensueño, de riachuelos plácidos y esteparios que no parecen envidiar la suerte de caudales de mayor enjundia, de arroyos y aguaceros, de deshielos primaverales y de líquidas y acrobáticas piruetas fluviales sorteando páramos y guijarros, de lluvias a mares y de mares de lluvias, y se queda absorta y muy pensativa y al final, de tanta agua como le entra por la vista siempre acaba por asomársele a los ojos en un reguero de mineral nostalgia que le busca la boca.

Dice mi madre que está hasta el gollete de tenerlo tan yermo y que no le importaría trasegar un litro entero de agua de un tirón y abandonarse a ese suicida, postrimero y largo trago mientras se le sumergen los pulmones como atlántidas y esa riada

fresca le alivia la aridez de la garganta, una eutanasia líquida, una apnea sin retorno, hidroterapia terminal, el mejor plan de regadío para irse a criar malvas, el agua como ponzoña sin antídoto, como inyección letal irreversible. Y yo la entiendo, porque está con el agua al cuello por no poder estarlo. Y entiendo que cuando damos un paseo por los jardines del hospital se le vayan los ojos y la silla de ruedas hacia las fuentes de agua clorada que los demás solemos desdeñar y hasta que quiera zambullirse en el pequeño estanque y quedarse allí flotando el resto de su muerte como nenúfar sempiterno y bellissimo.

Agua que no has de beber déjala correr, aconseja el refranero. Y eso hace mi madre con el agua que ya no ha de beber, la deja correr por otras bocas que nunca son la suya, otras gargantas, por grifos y caños, por surtidores, litros y litros de agua corriendo por subterráneos e insondables acufferos, por torrenteras, por marismas y profundidades abisales, por las calles en tropel los días de lluvia, cielo abajo, mar arriba, y la deja correr hacia sí misma a través de la sonda que le cuelga del estómago como una sofisticada pajita de sorber granizados y horchatas, deja correr hacia su cuerpo esa agua de borrajas, invasora y bastarda que a pesar de todo la hidrata y la mantiene viva, como si no fuera con ella, la absorbe pero no la bebe, se la inyectan pero no la paladea, se la administran pero ya nunca más le sacia, y deja correr también por mi memoria toda la tristeza empantanada de estos siete largos meses de hospital tan poco hospitalarios, tan ferozmente inhóspitos, el agua roja de las transfusiones, el agua de los sueros y antibióticos, del orín empapado en los pañales, el chirimirí de los nebulizadores bronquiales, el sudor perlado y doliente de mi madre febril y sedienta, de mi madre hambrienta de agua, de esa misma agua cuya voz aprendemos a balbucear al poco tiempo de nacer, de esa pócima primigenia donde cuentan que se fraguó la alquimia de esto que llamamos vida, de ese fluido que amenaza ahora con arrebatarle la suya al mínimo descuido.

Y la deja correr a través de sus sueños.